

de las posteriores, nos encontramos con que la llamada historia se compone de biografías de reyes, de la narración de sus conflictos, del relato de las intrigas y querellas de sus vasallos y subordinados. En la conciencia del hombre que ha pasado á través del *curriculum*, que ha prevalecido universalmente hasta fecha muy próxima, no hay lugar para la idea de la causación natural. En vez de ella existe sólo el pensamiento de aquello que no es, en sentido relativo, sino causación artificial, es decir, causación debida á los agentes ordenados y dirigidos, mediante la fuerza, por la voluntad individual. Concíbense claramente pequeños cambios producidos por la influencia del elemento oficial; pero no hay ni remota idea de la vasta transformación que opera el proceso diario, no sujeto á la tutela de la autoridad. Y así la creencia de que la sociedad es una fábrica y no una evolución, vicia por completo el pensamiento político, haciendo presumir, como en el caso que nos ha servido de tema, que únicamente con la coacción pueden lograrse beneficios. ¿Existe algún mal? Debe ser suprimido por la ley. ¿Aparece algo bueno? Venga un acta del Parlamento á regularlo.

## VIII

SENTIMIENTO *VERSUS* INTELECTO

En los primeros días de mi amistad con el Dr. Huxley—creo que fué hacia 1854,—una tarde que fuí á visitarle, se apresuró á decirme: «¡suba usted; voy á enseñarle una cosa que le deleitará, un hecho que se interpone en una gran generalización!» Su expresión irónica era fiel reflejo del convencimiento que tenía de que, siendo yo tan dado á generalizar, iba á quedar confundido. Estaba disecando el cerebro de un puerco marino, y el hecho á que aludía era que el tal cerebro tiene un tamaño relativamente extraordinario, que no parece guardar relación ninguna con las necesidades del animal. ¿Cómo éste, cuya vida es tan simple, posee un órgano capaz de dirigir la de un sér humano? Huxley (no profesor entonces) no sabía qué contestar, ni á mí se me ocurrió en el momento la explicación que creo satisfactoria.

Ha llegado á identificarse universalmente la inteligencia con el alma. En parte por ser evidente que el pensamiento guía nuestras acciones, y en parte porque el lenguaje, que ocupa tanto lugar en nuestra vida, es un vehículo que hace predominar á aquél en nosotros mismos y en los otros, hemos sido inducidos á suponer que el elemento principal del alma es la inteligencia,

olvidando la importancia de los demás. En su consecuencia, cuando se dice que el cerebro es el órgano del alma, se quiere significar que es el órgano del entendimiento.

El error es enorme. El principal componente del alma es el sentimiento. Para comprenderlo, es necesario prescindir de las falsas connotaciones unidas á la palabra alma, y usar, en lugar de ella, la de conciencia. El alma, propiamente entendida, es coextensiva con la conciencia: todas las partes de la conciencia son partes del alma. Las sensaciones y las emociones forman parte de la conciencia, y son, no el menor, sino el mayor de sus componentes. La masa de la conciencia en cualquier instante la constituyen las sensaciones producidas por las cosas que nos rodean: los varios agregados de colores que hieren la vista, los sonidos que llegan al oído, las presiones ejercidas en las distintas partes del cuerpo (según estemos echados, sentados ó de pie), la tensión muscular que acompaña á los movimientos y, á veces, las sensaciones del gusto y el olfato. Las percepciones é ideas consisten en las relaciones establecidas continuamente entre estas numerosas sensaciones periféricas: los colores que ocupan ciertas áreas y posiciones nos representan tales y cuales cosas por asimilación á series de colores semejantemente dispuestos, y de los movimientos de ciertos grupos de ellos inferimos resultados particulares que no son sino grupos ideales de sensaciones. Lo mismo ocurre con los sonidos y las sensaciones táctiles, las olfativas y la del calor: el elemento intelectual se limita al reconocimiento de su coexistencia y continuación. De modo que hasta el *cuerpo* de nuestro entendimiento-conciencia

está constituido por las sensaciones, y únicamente la *forma* es lo que distinguimos como inteligencia. No existe ésta en tales sensaciones del color rojo, ó de la dulzura, ó de la dureza, ó del esfuerzo, sino en ciertas coordinaciones de ellas.

Y aún queda el otro gran grupo de sentimientos omitido en la concepción corriente del alma: hablamos de las emociones. Acerca de éstas, como en lo tocante á las sensaciones, debe observarse que pasan inadvertidas aquéllas que sin cesar se producen. Cual acontece con la respiración y el pestañeo, su continuidad es causa de que las olvidemos. Sin embargo, las emociones no se interrumpen. Ningún movimiento se ejecuta sin ir precedido de un sentimiento impulsivo, tanto como de una idea propulsora. Y basta que se prolongue, sea difícil ó encuentre obstáculos, para que resalte la conciencia de la emoción antecedente. Así sucede con todas las emociones débiles. ¿El día está hermoso? el estado mental se exalta ligeramente. ¿Llueve? nos invade una somnolencia relativa. Si se encuentra alguien á quien se ama, surge como una ola de agradable conciencia; por el contrario, una nube emotiva sigue á la vista de un enemigo. Tal ocurre también con las ocupaciones. Al ejecutar una tarea, allende todas las actividades físicas y mentales puestas en ejercicio, late un obscuro sentimiento de aversión, que difiere mucho del que se experimenta cuando se trabaja por distracción ó para conseguir un éxito. Además, aunque el sentimiento agregado, que nunca falta, se desliza tan discretamente que con dificultad nos damos cuenta de su presencia, llega á ser casi el único ocupante de la conciencia en circunstancias que lo excitan. En un altercado, si la có-

lera nos arrebatada, la emoción puede ser tan fuerte que nos prive del uso de la palabra: el elemento inteligencia queda anulado. La intensa alarma desencaja á veces el entendimiento hasta sobrevenir la incapacidad transitoria de obrar. La ansiedad nacida de una emoción absorbente puede extinguir todas las ideas que no dependan de esta última. Y este elemento mental que en ocasiones se muestra como supremo, es, en cierto sentido, el primero en todos los casos; porque las emociones dominantes, más ó menos vivas, son los componentes del alma que determinan la conducta diaria, recta ó torpe, noble ó ruín. La parte que olvidamos comunmente al hablar del alma, es la más esencial. Las emociones mandan; la inteligencia obedece. El gobierno de nuestros actos por la percepción y la razón tiene su origen en la satisfacción de los sentimientos que, de un golpe, nos estimulan á obrar y nos comunican la energía necesaria para la acción, porque los esfuerzos que realizamos diariamente, sea agradable ó desagradable la emoción que los acompañe, están determinados por la atracción ó repulsión que ejercen sobre nosotros otras emociones.

Aquí, pues, se halla la solución de la anomalía señalada al principio de este trabajo. El voluminoso cerebro del puerco marino es agente, no de una rica actividad intelectual, sino de la intensa actividad emocional indispensable para la persecución y captura de la presa. El enorme poder muscular que el puerco marino desarrolla—manifestado á veces en los inútiles saltos que da en torno del rápido buque que sigue,—denota el caudal extraordinario de su sensibilidad, pues no sería posible la contracción muscular sin la existencia de sentimien-

tos correlativos. Su cerebro se ocupa principalmente en generar la gran suma de sentimientos y energía concomitante de que hace perpetuo gasto en sus movimientos para la caza.

La multiplicación de los efectos, fenómeno universal del proceso cósmico, se patentiza bien en la manera de ramificarse los errores y en su influencia eventual sobre multitud de cosas que, en apariencia, ninguna conexión tienen con ellos. El poder indicar cómo de aquí provienen algunas falsas concepciones, es lo que me ha movido á fijarme en la funesta torpeza de identificar, como generalmente se hace, el alma con el entendimiento.

Porque hoy, cuando se presume que en la composición del sér humano el alma ocupa lugar privilegiado respecto al cuerpo (si tal puede decirse ante el *atletismo*, y viendo que se honra más en los jóvenes la destreza para remar que el aprovechamiento en el estudio), hoy, precisamente, repetimos, que el elemento mental, en teoría si no en la práctica, domina al físico, ofrece graves peligros el prescindir de la parte más importante de aquél. Desde el punto de vista de la aptitud para la vida, individual y social, la superioridad corresponde á los individuos dotados de sentimientos altruistas, no á aquéllos en quienes, á un poder de percepción y razonamiento más vigoroso, se unen sentimientos antisociales, el egoísmo sin escrúpulos y la falta de consideración á sus semejantes. El contraste que presentan algunas tribus no civilizadas, ilustra esta verdad. Los Fidjianos, al ser descubiertos, llamaron la atención por su maña y su fuerza de pensamiento, poco común en las razas inferiores; pero al mismo tiempo eran antropófagos, guardaban á las tribus esclavas para alimen-

tarse y cifraban su ambición en ganar fama de asesinos. En cambio, de los pacíficos Arafuras no se cuenta que sean inteligentes, y algunas de sus ideas hacen suponer lo contrario: no obstante, viviendo juntos, sin antagonismos y sometidos á un gobierno puramente nominal, sus sentimientos son tan generosos que un joven, frustrado su deseo de alcanzar el mando en jefe (distinción que consistía principalmente en el deber de mirar por la felicidad de los más pobres de la tribu), se consoló diciendo: «Está bien: así podré seguir usando de mi propiedad en beneficio de mis camaradas.» Contrapuestos de esta manera el elemento moral y el intelectual, resalta claramente la superioridad del primero. En tanto haya términos hábiles, una sociedad malvada en extremo puede estar compuesta de hombres cuyo agudo entendimiento envidiaría Mefistófeles; é inversamente, aunque sus miembros sean estúpidos y no progresivos, una sociedad puede ser feliz si hay entre ellos lazos de mutuo respeto y activa simpatía. Parece no comprenderse esta proposición que, sin embargo, es casi evidente. Si se reconociera del todo, se honraría mucho más la bondad modesta, y se tendría en menos á los hombres cuyo mérito exclusivo es la inteligencia. Así, por ejemplo, acabaría la admiración no interrumpida que se tributa al criminal transcendente llamado Napoleón.

La estima excesiva de la enseñanza es consecuencia inevitable de la errónea concepción del alma. Gritase en todas partes: ¡educación, educación! Se cree que la instrucción recibida en la escuela modificará á los niños y, por tanto, á los adultos, en el sentido deseado. Se juzga que si los hombres saben lo que es justo, obrarán

con justicia; que la proposición aceptada por la inteligencia, es moralmente eficiente. En vano esta presunción, contradicha por la experiencia diaria, está en desacuerdo con un axioma que también puede comprobarse diariamente: el de que cada facultad se desarrolla mediante el ejercicio que le es propio: el poder intelectual con la acción intelectual, el poder moral con la acción moral. La creencia corriente es que estas causas y efectos pueden ser traspuestos; que la conformidad prestada á un precepto irá seguida del ejercicio del sentimiento correlativo. Sin duda, cuando el sentimiento es ya activo ó el terreno está abonado para producirlo, algún resultado se obtendrá; pero si el sentimiento duerme ó es deficiente por naturaleza, el precepto será prácticamente ineficaz, á menos que no cause repugnancia, como suele acontecer. No parece, sin embargo, que la fe ilimitada en la enseñanza haya de ceder ante la evidencia de los hechos. Aunque, no obstante la existencia de multitud de escuelas de todas clases y categorías, se multiplican los pillos y Hooliganes, los adulteradores de alimentos, los corruptores y los sobornados, los agentes defraudadores y las sociedades estafadoras, la creencia general permanece incólume; no há mucho, en América, al par que el aumento anual de la criminalidad arrancaba un grito de alarma, declarábase paladinamente que no podía deducirse de este hecho ninguna consecuencia contraria al sistema de educación. Pero la prueba más palpable de que no quiere reconocerse la inutilidad de la mera instrucción como medio de moralizar, está en no ver que después de dos mil años de exhortaciones cristianas, propaladas por centenares de miles de sacerdotes, las ideas y sentimientos

paganos siguen dominando á la mayoría, desde los emperadores hasta los vagabundos. Los principios admitidos en teoría se desdeñan en la práctica. El perdón se declara deshonoroso. Hay que lavar las injurias con sangre, considerándose este deber tan perentorio, que es expulsado del ejército el oficial que se atreve siquiera á discutirlo. Y en los asuntos internacionales, la venganza, regla suprema entre los salvajes, es también norma de conducta en pueblos que se llaman civilizados.

Es obvio que la fe excesiva en la enseñanza se deriva de la falsa concepción del alma. Si nos penetráramos bien de que las emociones mandan y la inteligencia obedece, comprenderíamos que poco ha de adelantarse mejorando al servidor si no se mejora al amo. Perfeccionando el instrumento, sólo se logrará aumentar el poder del agente.

## IX

## EL FIN DEL ARTE

La manía educativa cuyo lema es «luces, saber, instrucción,» tiende á fortificar de todos los modos posibles la identificación del alma con el entendimiento, y en su consecuencia, influye en la idea que se tiene de varias actividades y productos mentales. Así, por ejemplo, desnaturaliza el concepto y vicia el fin del Arte, usando esta palabra en el sentido que hoy generalmente se emplea, es decir, como comprendiendo todas las obras de la imaginación creadora. En la esfera del Arte, como en otras muchas, hay menosprecio del elemento moral y sobrestima del intelectual.

Con sólo recordar la interminable polémica sostenida á propósito del arte dramático, que versa siempre sobre el tema de si las representaciones escénicas de la vida son ó no instructivas, como si la producción de placer fuese cosa baladí, puede observarse que en la poesía se enaltece la inteligencia con perjuicio del sentimiento. Prueba elocuente de ello es aquella sentencia de Matthew Arnold, según la que «por una amplia, libre y perfecta representación de las cosas, la poesía, esa *alta crítica de la vida*, es fiel expresión de la verdad.» Se hace, pues, consistir la obra del poeta, no en la exaltación de

ciertos sentimientos, sino en la comunicación de ciertas ideas.

Con las representaciones pictóricas ocurre lo propio. Los pintores intentan magnificar su arte, queriendo probar que es útil para la cultura intelectual: la razón es la ya dicha. Hace años hube de fijarme en esta falsa concepción con motivo de una memoria que escribió M. Holman Hunt al exponer el cuadro «Cristo en el taller.» «El valor educativo del Arte:» tal era la tesis desarrollada en el discurso, del cual se deducía que no es bastante para un cuadro el producir la percepción estética ó despertar emociones agradables, sino que debe enseñar algo. Se reputa fin primordial el instruir, no el dar satisfacción á ciertos sentimientos. Recientemente, en un trabajo leído por el director de *El Estudio* en la Sociedad de Ruskin, en Birmingham, ví expresada la misma opinión. Decía el autor: «La misión del Arte consiste en elevar la inteligencia y colmar sus anhelos.»

Y otro tanto sucede con la música, que también se mira como un ejercicio intelectual. Dirígese al alma, y confundiéndose el alma con el entendimiento, se juzga que se dirige á este último. El compositor ha de proponerse expresar, no sentimientos, sino ideas luminosas, que el oyente debe desentrañar y apreciar. La teoría wagneriana descansa toda ella en la hipótesis de que la música tiene por fin la enseñanza. El autor alemán, apoderándose de ciertas concepciones de la vida, consideraba sus óperas como medios de propagarlas. De la misma creencia parece participar un distinguido discípulo suyo, que rechaza el supuesto de que la música sea tan sólo fuente de placer; y tal es la idea que guía á los críticos de música cuando aplauden una composición

por su carácter científico, como si su mérito dependiese de interesar la inteligencia cultivada de los aficionados y no de las emociones que despierta.

Sostengo que estas ideas pervertidas tienen su raíz en el monstruoso error que prevalece acerca de la constitución del alma. En la parte de la vida á que la música se refiere, como en todas las demás, el intelecto es el ministro, las emociones son el soberano. Sin duda, se requiere cierta dosis de percepción intelectual, fruto de una cultura apropiada, para experimentar los sentimientos agradables que la música es capaz de producir. Pero esto es únicamente el medio de lograr el fin, no el fin mismo. Una analogía nos ayudará á comprenderlo. Para que la simpatía pueda existir, es preciso que la preceda algún conocimiento del lenguaje natural de las emociones; saber qué tonos y cambios de voz, qué expresiones del rostro, qué movimientos del cuerpo, denotan ciertos estados del alma. Pero el conocimiento de este lenguaje natural no constituye la simpatía. Puede tenerse clara percepción de él sin que haya asomos de tal sentimiento. Pues bien: cabe establecer idéntica distinción entre el conocimiento de la expresión musical en su complejo desarrollo, y el hecho de sentir las emociones de que la misma es instrumento. La inteligencia propiamente dicha, no toma parte en el fenómeno sino en tanto en cuanto se necesita cultivar la percepción como medio de excitar los sentimientos que el compositor se propone despertar, y aun en este terreno, acaso influye desmedidamente. Há bastantes años, cuando yo tenía entrada libre para dos en la Real Opera Italiana, hice notar en una ocasión á Jorge Eliot, que me acompañaba á menudo, como recuerda en su *Vida*, cuánto entibiaba el

placer, que debiéramos sentir, nuestra tendencia á analizar los efectos musicales: mi observación recibió pleno asentimiento. Teniendo la conciencia una capacidad limitada en cada momento, resulta que no puede ocuparse parte de su área de una manera sin que decrezca la parte de área capaz de ser ocupada de otra distinta. El antagonismo entre la apreciación intelectual y la satisfacción emocional, es esencialmente la misma que existe en la raíz de nuestra estructura mental entre la sensación y la percepción, el cual se manifiesta en el contenido entero de nuestra alma, produciendo conflictos de pensamientos con sentimientos, como los que acompañan á los juicios críticos acerca de la música.

Volviendo ahora á lo que se presume que es la significación más elevada de la música—las ideas que se supone debe transmitir el compositor al oyente,—hallamos una ingerencia aún mayor del entendimiento, contraria al verdadero fin del Arte. Persiguiendo ese fin, el elemento intelectual se sobrepone todavía más al emocional. A medida que el que escucha, en lugar de ser mero sujeto pasivo, se convierte en intérprete activo, pierde en la misma proporción el género de conciencia que es propio del Arte hacer nacer. Si juzga, como M. Ernesto Newman, de la bondad de la música, atendiendo «al auxilio que nos presta para conocer la vida» y al oír se preocupa de la lección que cree estar recibiendo, perderá cuanto la música podría darle, sin resarcirse de ninguna otra manera: tal es mi opinión.

Cualquier beneficio para la cultura derivado del Arte, debe ser consecuencia de la excitación de las emociones superiores. La música se concilia con sentimientos ásperos y rudos ó con sentimientos nobles y refina-

dos, y en tanto evoca estos últimos, realza la naturaleza y promueve un efecto—puramente transitorio—de índole benéfica; pero el fin capital de la música no es la instrucción ni la cultura, sino el placer, y este fin es suficiente de por sí.

X

CUESTIONES

Obligado por necesidades de la salud á vivir en el Mediodía de Inglaterra, paso desde 1889 los veranos casi enteros en casas de campo, que en su mayoría pertenecen á hacendados labradores, cuyas familias y amigos llenan las condiciones por mí apetecidas, siendo una de ellas la presencia de gente moza. Yendo acompañado, en mis diarios paseos en coche, de dos señoritas, y no siéndome posible, por regla general, hallar materia de conversación seguida, se me ocurrió proponerles cuestiones que no podían ser resueltas sin reflexionar. De aquí se originó una práctica, que pronto sistematicé, y así contraje el hábito de dirigir preguntas á las jóvenes, en parte por sondear sus conocimientos, y en parte por ejercitar su facultad razonadora. Una de las más sencillas, contestada á veces, fué la siguiente: ¿por qué los carneros, los conejos y las liebres tendrán los ojos á los lados, mientras los perros y los gatos los tienen cerca de la frente? De otras menos sencillas y que, en su mayor parte, no obtuvieron pronta respuesta, citaré varias.

¿Cómo puede una alondra cantar sin interrupción durante algunos minutos mientras remonta el vuelo?

¿Cuál es la causa de que en los lugares montuosos



los caminos estén más bajos que el terreno, mientras en los llanos se encuentren á su mismo nivel?

En los caminos excusados y á veces en los principales, hay bandas de césped, más ó menos anchas, á uno y otro lado de la parte usada para el tráfico. ¿Cómo aparecen esas bandas?

Las vacas y los caballos beben como nosotros, mientras los perros y los gatos lo hacen á lengüetadas. ¿De dónde se deriva esta diferencia de hábitos?

¿Por qué el ánade se balancea al andar? ¿Y cuál es la necesidad que llena la particularidad de la estructura que causa el balanceo?

¿Cómo el *bull-dog* puede retener la presa más tiempo que los demás perros?

Las cornejas construyen casi siempre sus nidos cerca de las habitaciones humanas que alcanzan cierta altura. No parecen ganar mucho con esta vecindad; antes bien, diariamente se alejan á largas distancias en busca de los terrenos en donde se alimentan. Pero á pesar de todo, persisten en anidar en los árboles próximos á las casas, aunque anualmente muchas de sus crías sirven de blanco á los cazadores tan luego alzan el vuelo. ¿Qué circunstancias determinan la predilección de las cornejas por lugares tan poco adecuados, al parecer?

En nuestras correrías y paseos vemos pocos mirlos ó tordos en despoblado; pero vamos encontrando más á medida que nos aproximamos á las casas, especialmente á las de buen aspecto, aun en las épocas del año que no puede atraerles la fruta de los jardines. ¿Cómo se explica esto?

En las contestaciones dadas á tales preguntas, lo más digno de notarse era el escaso desenvolvimiento de la

idea de causación que suponían, asombrando no tanto por su inexactitud, cuanto por no revelar el menor conocimiento de las causas generadoras. Así, por ejemplo, al decirme alguien si el poder cantar una alondra sin interrupción se debía á la mayor pureza del aire en las regiones elevadas, demostró su completa ineptitud para concebir las acciones físicas que exige el canto de aquel pájaro. Otras veces las soluciones propuestas adolecían de suma vaguedad, aunque fuesen aplicables: v. gr., cuando queriendo hallar la razón de la distinta manera de beber de las vacas y caballos y de los perros y gatos, se me preguntó si consistiría en alguna diferencia que hubiese en la forma de sus gargantas, es obvio que si hubiese contestado «sí,» el problema se habría creído resuelto, sin darse cuenta de por qué aquella diferencia explicaba la semejanza de hábitos. Evidentemente, las almas dejadas en tal situación son campo abonado para las supersticiones. Que es mal presagio el que la sal se derrame, y que la desgracia que amenaza puede conjurarse echándose una pulgarada de ella en el hombro izquierdo, ó que el ver la luna nueva á través de un vidrio es presagio de desventuras, son creencias aceptadas sin dificultad por quien carece de toda idea racional de causación. Encuentran cómodo alojamiento los dogmas más absurdos en las almas que no han adquirido ninguna noción del orden de la Naturaleza.